

La paz de los inmaduros

MANUEL MONTERO

Arnaldo nos llama inmaduros. De paso, nos define los límites de «los nuevos tiempos». Por lo que se ve y contra lo que se propagó, la izquierda abertzale nunca había pensado pedir la desaparición de ETA: son más maduros

Arnaldo nos llama inmaduros a los que queremos la disolución de ETA. Es una «actitud inmadura», dice, como de preadolescentes no versados, incapaces de asimilar la idea de que la paz prometida incluía la existencia de una organización terrorista, bien que en estado de latencia. Se conoce que no somos gente adulta y bien formada, de las que están en el secreto, como los de Bildu, de natural más espabilado. Así que el caudillo nos pone nota, además de los deberes a entregarle en la próxima estación. De paso nos define los límites de «los nuevos tiempos». Por lo que se ve y contra lo que se propagó, la izquierda abertzale nunca había pensado pedir la desaparición de ETA: son más maduros. Todo fueron especulaciones o patrañas, por mucho que las apadrinasen los demócratas conversos.

Bienvenida sea, sin embargo. Será paz a cuentagotas y con alguna mentirijilla, pero paz al fin: es decir, sin la práctica del terror, tras cerca de medio siglo de asesinatos, bromas y extorsiones. Arnaldo convierte tan largo y brutal periodo en una «campana armada» –habla de «la valiente decisión hecha pública por la organización ETA de cesar de manera definitiva en su campaña armada»–, una metáfora chocante. A este neodemócrata le falta todavía la fe del converso, que le debería llevar a despotricar contra estas argucias argumentales. Necesitaría un curso sobre las virtudes de no confundir las opiniones con los hechos. Aunque quizás esta apreciación sea errónea y en su misiva el líder que viene no se está entrenando como demócrata, sino enseñándonos en qué consiste la democracia. Está maduro.

Homilias de mesías al margen, la retirada y cierre de ETA nos trae, además de la tranquilidad, algunas novedades históricas que pesarán en lo sucesivo, incluso aunque no fuese la voluntad de los autores. Condicionarán incluso a los portavoces, que nos tendrán que explicar para qué quieren que subsista una organización de pistoleros, cuya única identidad era el terror, cuando ha renunciado a las pistolas. A lo mejor quieren que nos tutelen y nos den consejos. O que se convierta en una organización de pesebristas. O las dos cosas. Nos falta madurez para entenderlo.

El final del terror –o su paso a la hibernación, pero hay bacterias que pasan millones de años en estado de latencia– liquida una noción que ha sido fundamental en el diseño del imaginario colectivo predominante: la idea de la invencibilidad de ETA. Venía a ser un pilar en la interpretación del mundo vasco durante décadas. Se atribuía al terrorismo tal capacidad de regenerarse y tales apoyos sociales que nunca se le podría derrotar por las vías policiales y sociales: si acaso, le pondrían contra las cuerdas, pero siempre se le suponía una misteriosa capacidad de resurgir. Pues ha sido que

no. Se le podía ganar y lo demás ha sido un mito, una especie de maldición a perpetuidad, según la cual marcaría siempre la vida pública, pues hasta la democracia parecía contingente frente a la ETA eterna. El mito ni se planteaba si era conveniente acabar con el terrorismo por la vía policial y la presión popular. Simplemente aseguraba que este camino no era viable.

Otro principio que ha quebrado se deriva del anterior. Constituía un artículo de fe: el final de ETA sería político o no sería. Siempre se asoció el término del terror a una especie de proceso constituyente, en el que habría cambios estructurales en el País Vasco a cambio del cese definitivo. Pues no ha sucedido así, contraviniendo las tesis básicas sobre la cuestión, que aseguraban que para que acabase el terrorismo serían imprescindibles medidas que conllevasen «diálogo y negociación», mesas de partidos, compromisos de referéndum, concesiones al programa de los terroristas... Nada de eso ha habido y anuncian que han echado la toalla. Así se les ha creído y celebrado, lo que crea estado, además de eliminar uno de los resortes imaginarios más asentados en las creencias. Para apuntalar «los nuevos tiempos» sería conveniente que se rompiera del todo con este esquema: que ni por asomo se sugiera un premio político por el fin del terror. Cualquier indicación en un sentido diferente no serviría para «construir la paz», frase de moda, sino para socavarla.

Hay otra novedad: durante mucho tiempo el nacionalismo moderado venía a asegurar, con mayor o menor intensidad –alta en el periodo soberanista– que la existencia de ETA y la «lucha armada» revelaba la supervivencia de problemas seculares del pueblo vasco. Rechazaba el terror, pero lo veía como uno de los principales síntomas de los males estructurales que desde su punto de vista aquejan al País Vasco. Pues bien: una vez que el terrorismo se ha autoliqui-



:: JESUS FERRERO

dado en una apoteosis de las uvas están verdes resulta imprescindible que desaparezca del discurso este barómetro perverso que media la inquietud esencial de los vascos. Tendremos problemas –todas las sociedades los tienen–, pero su existencia, profundidad y gravedad no pueden medirse en función de las acciones terroristas, cuyo propio desenvolvimiento ha contribuido a gestar un lenguaje tremendista, las ideologías del todo o el desastre, el repudio político de los matices.

La democracia ha ganado y forzado al abandono al terrorismo. No es que este haya contraído un ataque de magnanimidad, pues nunca ha pecado de altruismo. Consolidar la paz exigirá medidas, pero sobre todo el mantenimiento de la unidad y fortaleza democráticas. Y, por salud mental, conviene mantener la inmadurez que se nos achaca, no sea que admitamos como normal la supervivencia a título póstumo de una banda exteriorista. Democracia obliga.